

Tradicionalmente, la exposición se concibe como un viaje, privado y extenso, entre el fotógrafo y el público. La colocación de la imagen dentro de ese espacio o el estudio de la luz que recibe son elementos comunes en la sintaxis de cada exhibición.

Permítanos añadirnos, tras varias colaboraciones, dentro de este escenario. Proponemos un juego de microrrelatos, de variada índole, que tienen una referencia implícita sobre una foto de la

presente muestra. Léanlos antes de entrar -tabula rasa- o después del garbeo -memoria visual-. Cada uno entenderá a su modo las conexiones que establece la fotografía con el microrrelato, y viceversa.

Si creen haberlo adivinado, pueden escribirnos: kamgee@openmailbox.org - declamados@openmailbox.org

Consorcio de transportes

Unos llegan y otros se van. Entre las vías, pasajeros los días, pasajeras las noches.

Y bájese ya que los demás quieren entrar... ándele, súbase que no llegamos... oiga, oiga, no apechugue que me las aplasta... como llegue tarde otra vez, me la mienta... entre todo este gentío, ni cómo encontrarlo... en cuanto la vea se las va a ver conmigo, faltaba más... y ésta, quien se cree, ni que fuera principessa... y si, tú... he, no... que se lo digo... que ya llega, sí, por la noche... hasta mañana... y se acabó, se acabó...

San se acabó tanto la cosa que todos quedaron transportados por las luces, por las vías, por la mota, por la vida.

[Karina A. Baptista escribe por placer y estudia el doctorado de Literatura en Yale University]

¿Qué querrá de mí?

Desconozco por qué llegamos a coincidir sentados en el mismo banco tanto ella como yo. Recuerdo que hacía dos siglos la expulsé de mi vida, impasible yo, cuando les mostré un pulgar derretido hacia abajo a los guardias. La recuerdo alejarse arrastrada como una medusa, entre espuma y desigual pataleta. A pesar del tiempo y de su cruel cosmético, aún la reconozco. Sé que es ella y que ha regresado a por mí. Inconfundible el candor de su pestaño, inconfundible ese olor pegajoso en su cuerpo. ¿Cómo habrá conseguido dar conmigo? ¿Qué querrá de mí?

- Y, entonces, Ricardo, ¿has visto que la tía Luisi está pachucha? Tendremos que regresar a verla la semana que viene.

Me habla de cosas absurdas que acaban de acaecer. Paciente aguarda una respuesta, como si tuviéramos delante todo el tiempo del mundo. Se levanta conmigo cuando llega el autobús de la línea 4. Se escurre con facilidad y pasa por delante del conductor, el cual, en cambio, a mí me extiende el brazo con el billete. Le doy dos monedas doradas y camino al fondo del autobús, donde me espera aquella medusa, a que me siente eternamente junto a ella.

[Gonzalo Hernández Baptista es un emigrado. Trabaja enseñando lengua y literatura en un College de Virginia.]

RECUPERANDO MEMORIAS



Es difícil hacer fotografías de lo cotidiano. Primero, porque la tendencia natural es a dar por hecho la realidad ordinaria y considerarla aburrida. Segundo, porque una vez revalorado el entorno y los elementos a los que nadie parece prestar atención, se corre el riesgo de querer poetizar esta realidad para hacerla un poco menos mundana.

Tal vez por eso las fotografías del estadounidense Walker Evans resultan complejas de comprender y apreciar, porque son imágenes aparentemente simples de sujetos insignificantes.

Walker Evans nació en 1903 en San Luis (Missouri) en una familia de clase media; su padre era empleado en una agencia publicitaria. Tras graduarse en literatura en la Phillips Academy en Andover (Massachusetts) asistió al Williams College (Williamstown). Su inquietud literaria le llevó a soñar con el periprinaje obligado de todo intelectual en la década de 1920: vivir en París. El padre accedió a financiar la aventura con la condición de que el universitario fuera a la Sorbona donde, efectivamente, asistió como oyente. Rápidamente se adaptó a la cultura francesa, afinó sus conocimientos del idioma y se puso a escribir. Sin embargo sus resultados literarios no le satisfacían y sufrió una crisis existencial. Mientras tanto, daba sus primeros pasos en fotografía. En París obtuvo una importante influencia del modernismo y las vanguardias. Regresó a Estados Unidos e hizo una primera escala en Nueva York donde la

WALKER EVANS

fotografía cobró un papel protagonista en su vida.

Después de diferentes estilos, viajes y trabajos, Walker regresó a Nueva York, donde Berenice Abbot capturaba la magnificencia de los puentes y rascacielos neoyorkinos. Entonces Evans se decantó por el inframundo del tren subterráneo. Escondió una cámara de 35mm bajo su abrigo, la pintó de negro mate y comenzó a realizar fotografías de los viajeros. Evans hizo partcipe de su proyecto a Helen Levitt; ambos artistas se habían hecho amigos íntimos y la influencia de Evans en la fotógrafa sería muy profunda. Levitt realizaria hacia 1980 su propia serie de retratos clandestinos de pasajeros en el metro.

El autor parte de una propuesta intrigante: con su cámara escondida y un disparador a distancia buscaba crear una fotografía desprovista del ojo puesto en el visor. ¿Una fotografía sin mirada? No necesariamente, pues aunque no estuviera encuadrando cuidadosamente, la colección como corpus indicaba una mirada peculiar. Ciertamente que no es la aproximación cuidadosa y preciosista de Henri Cartier-Bresson, no obstante una parte del instante decisivo se encontraba presente.

Otra parte importante del discurso de Walker Evans se encuentra en procurar capturar a las personas en una absoluta desconexión sujeto/fotógrafo. Mientras que en el retrato suele buscarse exactamente lo contrario, una relación íntima con la cámara por testigo, en este proyecto Evans busca el distanciamiento total.

Pero la tipología no es exclusivamente externa y etnográfica. Es aún más sofisticada porque se trata de un inventario de los sentimientos, emociones y actitudes interiores del pasajero cuya proximidad física no implica una vecindad social ni mucho menos solidaridad. Se trata de enajenamiento y aislamiento de la gran ciudad, del individuo ensimismado, hacinado pero aislado, es un auténtico sujeto que, al no poder explotar, implosiona.

En los rostros de los viajeros surge una belleza peculiar. Evans encuentra en la mujer vieja a la gasolinera abandonada, en el hombre de rostro deslucido, el cartel raído del cine. Es un retrato de la democracia estadounidense donde todos son uno mismo, uniformados por un medio de transporte común: Sujetos sin pose ni mecanismos de defensa, inadvertidos del escrutinio de la cámara. Es una tipología de rostros acerados que recuerdan a las decadentes estructuras capturadas por Bernd y Hilla Becher y su catálogo cuasi-sociológico de estructuras abandonadas.

Este trabajo subterráneo tardó tres décadas en ser publicado por el temor de Evans a ser demandado por alguno de los fotografiados. El libro se tituló Many Are Called en referencia al pasaje del Evangelio: "Muchos son los llamados y pocos los elegidos" (Mateo 22:14).

Esta obra se convierte en otro gran retrato de la faz americana, el rostro anónimo del hombre de a pie que no necesita vivir en una polvorienta granja del sur para ser alienado y enfrentarse a la miseria no económica, sino urbana.

OSCAR COLORADO - www.oscarenfotos.com